CONTAR EL MUNDO

ROBERTO VALENCIA

CONTAR EL MUNDO

LAS GRANDES PREGUNTAS EN LA NARRATIVA BREVE



Primera edición: octubre, 2026

© del texto: Roberto Valencia, 2026
© de la presente edición: Editorial Humbert Humbert, S.L., 2026

Ilustración de cubierta: Patricia Cruz Parrilla (LaPatry Cruz)

Publicado por La Navaja Suiza Editores
Editorial Humbert Humbert, S.L.
Camino viejo del cura 144, 1.º B, 28055 – MADRID
http://**www.lanavajasuizaeditores**.com

Impreso en España – Printed in Spain
ISBN: 978-84-10234-20-8
Depósito legal: M-24218-2026
Thema: DSB

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de la obra.

ÍNDICE

Introducción. Filosofía breve	11
Morir es dormir y tal vez Soñar	21
Era un mundo para comerlo con los dientes	41
¿Quién puede matar a un niño?	61
La muerte obtiene el aprobado	83
El silencio de la materia	103
Los desiertos serán ciudades	123
Pesadumbres del dinero	143
No huyas a Samarkanda	163
Un muerto andando entre los muertos	181
La sabiduría bajo sospecha	201
La vida en el interior de una jeringuilla	221
Yo no soy ese yo que anda por ahí	241
Epílogo. Un elegido venido a menos	265
Relación de cuentos comentados	277

INTRODUCCIÓN
FILOSOFÍA BREVE

Me gusta pensar que el corazón humano produce tanto las preguntas filosóficas como las preguntas literarias. Y que, por eso mismo, estas preguntas deberían coincidir en muchos casos. Pero mientras el filósofo inventa conceptos y deducciones para deshacer o reactivar de una manera puramente racional sus asombros, esa pretensión clarificadora de la razón especulativa –si es que la hay– es ocultada por el narrador literario bajo palabras artísticas y personajes arrebatados. No solo eso. Es que los procederes de ambas disciplinas resultan radicalmente distintos: una aspira al rigor en la concordancia de sus procedimientos racionales; la otra está autorizada para comportarse todo lo caprichosamente que desee. Existen muchas más razones para la diferencia, pero no quiero aburrir. Baste señalar que literatura y filosofía también divergen porque sus públicos y jueces no viajan en el mismo vagón del trayecto humano. Los lectores de filosofía son estudiantes o profesores preocupados por la genealogía del pensamiento –sus ramificaciones bien fundamentadas–, por la docencia o

por el ejercicio diagnóstico de los apocalipsis contemporáneos. Por su parte, los lectores de literatura podrían confesar tranquilamente su adicción al arte de escuchar historias bien contadas, a ofrecer su conmoción a los organizados artefactos de palabras o a la proyección de distintos caracteres personales en la pantalla de sus propias conciencias.

Todo eso es cierto (me parece). Sin embargo, también me parece que sus preocupaciones coinciden en parte. Literatura y filosofía se preguntan por la vida y por la muerte, por las condiciones del hombre en sociedad, por la extrema funcionalidad de las pasiones. Son máquinas de cuestionar que jamás detienen sus turbinas. No es que importe demasiado, pero sinceramente creo que la literatura y la filosofía podrían confluir más de lo que lo hacen. La literatura está acostumbrada a proporcionar una elegante cantera de ejemplos para los sistemas y las deducciones filosóficas. Es frecuente que el pensamiento especulativo reduzca la literatura a un prontuario de casos particulares, en cuyas estructuras las conceptualizaciones descansan con mayor comodidad que en los deshilachados sucesos de la vida real. Digamos que la filosofía está encantada de que existan Borges, Kafka o Proust, y que eso no implica ni un amor incondicional por el trabajo de la ficción ni una reverencia, siquiera simbólica, por sus formas. Por su parte, a la filosofía se la puede rastrear en ese esquematismo racional que aparece en las narraciones; por debajo de las mismas y también en la superficie: diálogos y disquisiciones de sus narradores y personajes. Es prácticamente invisible, entonces, casi irrelevante para alcanzar el éxtasis del lector de ficciones, e incluso incordia a la hora de una apasionada asunción personal. Digámoslo ya: el diferir

lo explica que una persiga la clarificación racional, mientras que la expresión de la segunda comienza con la estimulación de las emociones.

Antes de este ejercicio que tienen en sus manos, pensaba que a las dos disciplinas las caracteriza un rostro similar, por ser unas hermanas o unas primas bien avenidas. Creía que la filosofía desemboca forzosamente en las contradicciones de tal o cual personaje célebre, y pensaba que el comentario filosófico de la literatura no supone un egoísta ejercicio de introversión reflexiva sino su descodificación más propia. Al pretender encontrar el punto de unión entre ambas disciplinas, he descubierto cosas que a priori no acercan la filosofía a los dominios de la literatura, sino que permiten vislumbrar más o menos el recorrido singular de cada una de ellas; por ejemplo, me he dado cuenta de que las conceptualizaciones filosóficas alcanzan tanta intensidad –tiendo a pensar que incluso más– como las pasiones literarias más célebres; por ejemplo, he aprendido que la diversidad e incluso el intrínseco antagonismo con que se relacionan entre sí los sistemas filosóficos hacen que éstos no puedan aplicarse sin más ni más a cualquier ficción que uno escoja; por ejemplo, me he percatado de que, si alguien afirma que la pasión de tal personaje literario escenifica el resumen corriente y moliente de una determinada corriente filosófica, está simplificando la tarea del pensar; etcétera.

Esta toma de conciencia del diferir entre literatura y filosofía indica, entonces, que ese viejo adagio de que la filosofía únicamente es literatura bajo otras formas resulta demasiado reduccionista. Aquella boutade de Borges de que la metafísica tenía aspecto de literatura fantástica solo se revelaría como

cierta si la filosofía se hubiera limitado a los enunciados, si su desempleo fuera siempre lúdico y no persiguiera el conocimiento, y si los árboles del pensamiento, tan frondosos, no engendraran incesantemente nuevas ramificaciones del pensar.

De acuerdo, la literatura no es filosofía, pero eso no significa que se repelan necesariamente. No significa que no puedan conocerse en una gozosa, íntima y provechosa relación. En 2018 una asociación cultural llamada Jakite (Sabiduría, en euskera) me pidió impartir un curso de literatura bajo tres premisas: enseñar literatura de un modo transversal (palabra de moda en los ámbitos políticos y docentes), eludir lecturas de extensión decimonónica, y que, además, las clases incluyeran la participación del alumnado. Mi respuesta fue leer un cuento breve en cada clase, y estructurar su comentario en un análisis literario inicial, seguido de un refuerzo filosófico. Sin haberlo pensado mucho con anterioridad, aduje que el género corto es un vehículo formidable para la reflexión filosófica porque estaba seguro de que podíamos concitar los grandes temas del hombre en una cuidadosa selección de relatos breves. El curso se desarrolló en estos términos, de hecho duró cuatro años de esforzadas lecciones. En ese tiempo, calculo que leímos no menos de ochenta cuentos de todas las nacionalidades, géneros y expresiones, y sé –sin calcularlo– que sí que aparecieron esos grandes temas que dibujan en la perplejidad humana interrogantes inacabables. De hecho, lo hicieron de un modo central en muchas ocasiones, reclamando para sí toda nuestra atención.

La presunción de que el cuento breve puede asimilarse a un género digamos que filosófico se demostró acertada cuando,

ya a la tarea, buscaba piezas literarias en las que se significaran las grandes preocupaciones humanas. No es solo que temas como la muerte, el amor o el sentido de la vida efectivamente han sido vigilados por los escritores de cuentos, es que a veces encontraba que las ficciones presentan resonancias filosóficas demasiado notorias como para dejarlas pasar. El cuento es un género propicio a la reflexión filosófica porque, en ocasiones, piensa con los mismos argumentos o siguiendo las premisas de algunos de los grandes pensadores de la historia. El cuento es un género propicio a la reflexión filosófica porque convierte un pensamiento sin desbastar en la guía narrativa de muchas de sus ficciones. Lo es, también, porque la condensación de su forma breve aleja la tentación de la disipación o la simpleza: aquella recomendación de Edgar Allan Poe de la brevedad como sinónimo de intensidad del cuento, puede verse desde el punto de vista filosófico como una orientación al rigor y la coherencia. Como ya he dicho antes, esto no convierte el relato en pura propedéutica filosófica, pero sí que demuestra que, bajo el aspecto técnico y altamente formalizado de la filosofía, laten las preocupaciones humanas en sus formas más salvajes. Tras el telar de las deducciones y los sistemas, todos ellos, narradores y filosóficos, inhalan las mismas bocanadas de aire.

Este libro presenta un resumen de aquellos cursos, redactados no a la manera de un manual didáctico sino a la de un ensayo que pretende un cierto cuidado de la forma, y donde demasiado bien sabe que no está en su mano agotar un tema, ni siquiera una simple perspectiva en su abordaje. He querido dejar por escrito algunos de los comentarios filosóficos que expliqué en aquellos felices días de docencia porque, de

algún modo –y también de un modo muy honesto–, creo que procedo de una manera no muy habitual. La filosofía no se escribió para entender la literatura; eso es, al menos lo que nos dictan tanto el sentido común como la historia. ¿Encauzar los inconmensurables postulados kantianos en el curso de una simple peripecia de ficción? ¿Buscar la convergencia de la fenomenología del espíritu en los diálogos de un relato breve? No se trataría de eso, está claro. Se trataría de explotar algún razonamiento o idea en el interior de un relato breve para que se entendieran mejor las resonancias conceptuales que este alberga. Nada más que eso. Nada más que emprender la comprensión de algunas de las ficciones cortas más relevantes con la ayuda de la artillería del pensar filosófico.

Cierto: suena a herejía. La filosofía no se escribió para que fuera aplicada tiernamente a argumentos virtuales o a ensoñaciones literarias. Se escribió para tomarle la temperatura al mundo o, dicho de un modo menos general, para domar sus problemas y misterios. La literatura, lo hemos dicho anteriormente, también se escribe con ese propósito: interpone personajes y escenarios entre las convulsiones del autor y las nuestras. Así que, ¿por qué no sintonizar las conceptualizaciones de una para escuchar mejor los mensajes de la otra? Ya que estamos en ello, confieso una leve sorpresa personal, la que se sorprende de que no se proceda de este modo más a menudo. La filosofía admite y promueve una estética en su seno: sea lo que sea el arte en la actualidad o en la antigüedad, el pensar sistemático se ha aproximado a ello con mucha seriedad. Sin embargo, no parece que ese ejercicio se haya resuelto en favor de la literatura. ¿Por qué? Quizás

porque, como ya se ha señalado, la literatura ha ejercido con suma eficacia su papel de proveedora fiel de la filosofía, y eso la ha estereotipado a sus ojos; quizás porque el prestigio de la ficción no ha cotizado muy alto entre los pensadores convencidos de que la realidad constituía una inmensa tragedia o caos que era preciso organizar; quizás porque, sencillamente, no parece que entre los filósofos abunden los lectores de libros de cuentos.

Mi utilización de recursos filosóficos para encauzar la comprensión literaria no es alta ni sofisticada. Porque no se trata de escribir filosofía bajo otras formas: se trata de comprender mejor unas piezas literarias ya de por sí complejas y abiertas a una interpretación madura, robusta. Bajo esa apariencia dócil –sobre todo en el caso del cuento realista–, los relatos breves ofrecen un surtidero de temas de lo más sugerente. Si no fuera porque la filosofía acoge para sí el título de máxima lectora de la dificultad existencial, diría que los relatos breves son los artefactos literarios que mejor escarban en las estupefacciones que sacuden el alma humana. Pero voy a cuidarme de dejar escrito esto, esto último o lo de antes, porque cada disciplina extiende la incertidumbre a su manera: una, sembrándola de conceptos humanos; la otra, enviando a sus personajes a recorrer las carreteras de la acción virtual. El relato breve, en fin, manifiesta un grado enorme de ambivalencia y de rotundidad a la hora de acercarles a sus lectores esos problemas y misterios. Las pocas páginas de un cuento son capaces de sembrar en nuestra conciencia la semilla de la inquietud, para, después, burlar la respuesta con un final ambiguo, con una falsa resolución o con una brisa poética. Si enlazamos estos elementos con los conceptos filosóficos,

si enganchamos los hallazgos filosóficos a la carreta literaria, no solo entenderemos mejor las propuestas originales de los cuentos, sino que nos zambulliremos más profundamente en sus contenidos. No es una suposición: lo experimenté durante cuatro años en mis clases, cruzando algo de Aristóteles con Ted Chiang, por ejemplo, haciendo coincidir la interpretación marxista de György Lukács con una narración de Annie Proulx o –esta es más obvia– vinculando a Albert Camus con Juan Carlos Onetti. Los relatos se entienden mejor y las ondas de su significación agrandan sus diámetros.

En el siguiente libro el lector encontrará algunos de los grandes temas del sentir humano enfocados a través de la ficción breve, pero explicados con chispazos puntuales de la filosofía. Son los temas que nos remuerden y nos victimizan, esos temas que nos sumen tanto en las aguas pantanosas de la desazón como en las piscinas del conocimiento. Temas que en algunas ocasiones nos asaltan explícitamente –por la noche, quizás, cuando se alarga el insomnio– y parecen bosques intransitables, y que en otras simplemente están siempre aquí, en la conversación y el bullir de la conciencia, en los trámites cotidianos o en el hacer inconsciente. No los definí de antemano y después los rastreé entre la producción literaria. Los encontré tratados de un modo bastante evidente en mi canon personal del género. Porque he leído algunos libros de cuentos en mi vida, y siempre he retirado a mi capilla privada los que me han parecido los mejores. Hay muchas obras maestras conocidas en el género, pero también las hay muy desconocidas, porque el cuento se ha transitado poco en comparación con la novela, y casi carece de teorización. Todos los cuentos comentados en este libro aparecen aquí

porque me cautivaron con su calidad e intensidad. A algunos los contemplan decenas de años y otros fueron escritos hace poco, pero su inclusión, primero en mis clases, y después en este libro, responde al hecho de que un aficionado tan pasional como yo los defendería sin ambages. El proceso de incorporarles un poco de filosofía fue posterior, cuando la exigencia docente me reveló que también en este género olvidado se han dibujado los grandes interrogantes de la vida. Es decir, los cuentos también han abordado la muerte, el bien, la libertad, la felicidad, el amor, la inmortalidad, el trabajo, la existencia del espíritu, el trabajo, la justicia, el cuerpo, el doble o la diferencia entre realidad ficción, Y, por supuesto, también el gran tema de los grandes temas: el sentido de la vida.

El tratamiento de estos grandes temas en mis comentarios resulta parcial por partida doble. Primero, porque me ocupo solo del aspecto concreto que aparece en el relato breve que se trate. Segundo, porque ni siquiera en ese reducido campo se puede clausurar lo que es susceptible de decirse. Por ejemplo, cuando me ocupe de la muerte, hablaré de ello como una experiencia que está más allá de las posibilidades del conocer humano. La razón de esta elección es que los relatos de Émile Zola, de Leonid Andreiev y de Péter Nádas, abordan este aspecto y no otro. Podría hablarse del temor a la desaparición, de la agonía o de la esperanza de que el óbito no cierre el itinerario vital del hombre. Todos ellos aspectos nucleares del tema que, estoy seguro, comparecerán en relatos que desconozco. Pero yo me ceñiré al aspecto concreto encontrado en las piezas seleccionadas. Mismo caso con el tema de la felicidad, por ejemplo, no trataré el tema dominante en nuestras conciencias contemporáneas (que es la obligación

de ser feliz a toda costa), sino que, por el contrario, he creído posible una relación de los cuentos de William Faulkner y Alice Munro con los preceptos éticos de las escuelas estoicas y epicúreas. Etcétera.

Grandes filósofos deambulan en los recodos de estas explicaciones. Y grandes escritores y escritoras de cuentos están convocados para este comentario. A todos debo impresiones valiosas, momentos de espanto y conmociones diversas en el transcurso de mi vida lectora. Ojalá estas humildes interpretaciones contribuyan a que perduren en el tiempo.